

Históricas Digital

María Eugenia Arias Gómez

“Fruto de una tradición”

p. 317-334

*Escribir la historia en el siglo XX.
Treinta lecturas*

Evelia Trejo

Álvaro Matute

(editores)

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2009

589 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía, 3)

ISBN-10 970-32-2281-1

ISBN-13 978-870-32-2281-0

Formato: PDF

Publicado en línea: 12 marzo 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/escribir/historia.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

Fruto de una tradición*

MARÍA EUGENIA ARIAS GÓMEZ

Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora

Libro pródigo de la historiografía mexicana del XX es *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia* de Luis González y González, al que hoy atiendo¹ como sujeto de esta investigación con el fin de analizarlo bajo una metáfora y en relación con la “historia anticuaría”.

Friedrich Nietzsche pensaba que la humanidad debía ser “un árbol” que sombreara la tierra con sus flores convertidas en frutos y que, para cultivarlo, había que preparar la tierra. Al distinguir los tres tipos de historiografía —la monumental, la anticuaría y la crítica—, asoció la segunda también a un árbol y al sentido histórico. Nietzsche decía que ésta pertenece a quien “conserva y venera”, a quien mira fiel y amorosamente el lugar de donde viene y se formó. El historiador anticuario “se convierte en su propia historia” al rescatar el pasado “de su villa”. Advertía también que aquél, “mejor que verlas, ‘siente’ sus raíces” y que lo que se llama “sentido histórico” es “el placer y la felicidad que experimenta” el árbol, “no sentirse nacido ni de lo arbitrario ni del azar, sino de un pasado”. Agregaba que, si aquel sentido no conserva la vida, ocasiona la muerte de ese árbol y que con la historia anticuaría sucede igual: “degenera” cuando “el aire vivificante del presente no la anima ni la inspira ya”. La historia anticuaría “tiende a conservar la vida y no a engendrar otra”. “Por eso hace siempre poco caso de lo que está en formación [...]; le falta el instinto adivinatorio.”²

Luis González, por su parte, basándose en Nietzsche, concibe la anticuaría como “versión popular de la historia”; le da otros nombres y le atribuye varios propósitos:

* Luis González, *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1968, 365 p., ils. (Nueva Serie, 1).

¹ Apud Álvaro Matute, “El elemento metahistórico. Propuesta para una lectura analítica de la historia”, *Ciencia y Desarrollo*, México, nueva época, v. 20, n. 116, mayo-junio 1994, p. 62-66, ils., y Hayden White, “Introducción”, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, trad. Stella Mastrangelo, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, 432 p. (Sección de Obras de Historia), p. 9-50.

² Cfr. Friedrich Nietzsche, *El viajero y su sombra*, trad. de Edmundo González Blanco, Madrid, La España Moderna, s. f., 378 p., p. 276-277 (Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía e Historia), y *De la utilidad y de los inconvenientes de los estudios históricos para la vida*, trad., revisión y corrección Gabriel Moner, Buenos Aires, Bajel, 1945, 90 p., p. 25 y 25-28.

Salvar del olvido la parte del pasado propio que ya está fuera de uso. Busca mantener el árbol ligado a sus raíces, es la que nos cuenta el pretérito de nuestra vida diaria, del hombre común, de nuestra familia y de nuestro terruño. No sirve para hacer, pero sí para restaurar el ser. No construye, instruye. Le falta el instinto adivinatorio. No ayuda a prever, simplemente a ver. Su manifestación más espontánea es la historia pueblerina o microhistoria o historia parroquial o historia matría.³

Las raíces: 1925-1967

Pueblo en vilo... no hubiese brotado sin dos tradiciones convertidas en una: la primera, planteada como “conservación en esencia” y que identifico como la individual de Luis González, y la segunda, la “tradición histórica” que ofrece una verdad, “en la que hay que lograr participar” y a la que asocio con las condiciones propias del campo científico donde aquél se integró, formó y desarrolló.⁴

Un antecedente directo que llama sobremanera mi atención es que los progenitores del autor tenían cualidades que éste, su único hijo, heredó: la madre, Josefina González Cárdenas de González, acostumbraba registrar cosas que guardó durante años en un archivo particular; el padre, Luis González Cárdenas, contaba con una memoria excelente. Dos rasgos que aquél recuerda y que para mí le inculcan la tradición por conservar y sin duda la vena de historiador.

Luis González y González nació el 11 de octubre de 1925 en San José de Gracia, Michoacán. En el mismo sitio, setenta y cinco años después, tuve la oportunidad de escucharlo; me platicó sobre su hogar y la gente que lo precedió, la crianza y la educación que recibió, los avatares y los tiempos de paz por los que pasó, sus salidas y regresos a San José. Con base en libros y artículos conocí otras anécdotas familiares, de los amigos y vecinos; sus destinos de ayer y hoy, los espacios donde el autor se movió y formó, así como quiénes tallaron su mente y legaron modelos para su quehacer.

Un percance para los González fue el destierro en 1927; por este motivo, le tocó a su hijo “una crianza menos apacible que la pueblerina tra-

³ Luis González, *Todo es historia*, México, Cal y Arena, 1989, 308 p., p. 228.

⁴ Y es que la tradición siempre está “presente en los cambios históricos”; se caracteriza “por su lingüística” y cobra su “significado hermenéutico allí donde se hace *escrita*”. La experiencia, en relación con la “tradición histórica”: “*va [...] más allá de lo que en ella es investigable. Ella no es sólo verdad o no verdad en el sentido en el que decide la crítica histórica; ella proporciona siempre verdad, una verdad en la que hay que lograr participar*”. Cfr. Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*, 4a. ed., 2 v., trad. de Ana Agud Aparicio y Rafael de Agapito, Salamanca, Sigueme, 1991, v. 1, 687 p. (Hermeneia, 7), p. 349, 468 y 25.

dicional". Después de vivir tres años en Guadalajara, la familia volvió y continuó la formación del chico; sus progenitores, tres abuelos y su padrino Federico sembraron en él la costumbre local. "No había escuela; mi madre me enseñó a contar, leer y escribir, también a rezar." De niño fue obligado a memorizar el catecismo del padre Ripalda y además aprendió "muchos saberes: la lengua, la escritura, las reglas de la buena educación, las tradiciones familiares, los rezos para cada día y los principios básicos del cristianismo. La crianza era transmisión de la sabiduría de los viejos y de la Iglesia". En 1938 aconteció el segundo destierro de los González. El joven Luis adquirió entonces una suma de experiencias y conocimientos que completaron en buena medida su crianza y tradición espiritual e intelectual: su gusto por el pasado inició al oír a su padre, quien, como otros en el pueblo, "estaba volcado hacia el recuerdo de los fundadores"; después aquel gusto crecería a causa de su maestro Bravo Ugarte. Con un certificado de primaria que compró su progenitor, el muchacho pudo ingresar a la secundaria con los jesuitas, en el Instituto de Ciencias ubicado en Guadalajara; su "as" fue el profesor *Hilachitas*, quien impartía Historia Universal y de México apeándose a fechas y nombres, por lo que los alumnos se dormían.⁵ Quizá por eso el futuro historiador se propuso evitar luego esto, tarea fácil para él gracias a su buena pluma y la chispa que tiene al hablar.

Entre 1943 y 1946, Luis González cursó la carrera de Derecho en la Universidad Autónoma de Guadalajara. Tras hacer su servicio militar en la ciudad de México, regresó a esa institución y fue cuando, demostrando su rebeldía, no simpatizó con "los deseos de la dirigencia", pues quería "algo distinto". Pero no se le cerraron las puertas de la universidad; con el apoyo de José Ramírez Flores y del jesuita Luis Medina Ascencio continuaría "por un camino de excelencia".⁶

Luis González ingresó a El Colegio de México en 1946, en particular al Centro de Estudios Históricos dirigido por Silvio Zavala y, desde el

⁵ Entrevista con el doctor Luis González, realizada por María Eugenia Arias, el 4 de octubre de 2000, en San José de Gracia, Michoacán. Cfr. Luis González, "Minuta de un viaje redondo", en Jean Meyer (coord.), *Egohistorias. El amor a Clío*, México, Centre d'Études Mexicaines et Centraméricaines, 1993, p. 57-81, p. 60.

⁶ De aquí hasta la siguiente llamada las referencias a la vida y obra de Luis González provienen de las siguientes fuentes de su autoría: "Minuta...", "Mis tropiezos con la historia", en Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort (comps.), *Historiadores de México en el siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995, p. 362-382; González, "75 años de investigación...", *75 años de Revolución*, México, Fondo de Cultura Económica/Instituto Nacional de Estudios de la Revolución Mexicana, 1988, p. 649-704, p. 686; "La historiografía local: aportaciones mexicanas", en *Investigaciones contemporáneas sobre historia de México. Memoria de la Tercera Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos, Oaxtepec, Morelos, 4 a 7 de noviembre de 1969*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, El Colegio de México/Universidad de Texas, 1971, p. 247-263, p. 261.

principio, asoció a su progenitor y al padre Federico (el hombre más sobresaliente de San José de Gracia, según lo señala en *Pueblo en vilo...*) con dos personajes: Alfonso Reyes, presidente de la institución, y Daniel Cosío Villegas, secretario general de la misma. Seis años después, en 1952, González estudió también Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional; sin embargo, él recuerda en especial sus andanzas por el Colmex y reconoce que éste ofrecía la preparación necesaria para formar “buenos historiadores de la ideas”, que la enseñanza y los métodos científicos en el estudio de la historia y la sociedad eran excelentes. Luis González nos dice además que: “Entre las filosofías de la historia que se disputaban la verdad hacia 1950, tuvieron seguidores de empuje el historicismo de Dilthey, Croce y Collingwood; el materialismo histórico de Marx; la filosofía de lo concreto de Ortega y Gasset; el existencialismo de Heidegger y de Sartre”. Menciona algunos de sus profesores en aquel centro, hombres de la talla de José Gaos, Ramón Iglesia, Rafael Altamira, Manuel Toussaint, Leopoldo Zea, Arturo Arnáiz y Freg, Jorge A. Vivó y François Chevalier. Es así que las vivencias y los conocimientos de González fueron aumentando su tradición intelectual: “A la lectura que tanto propició El Colegio [...] le reconozco la mayor parte de mi textura profesional, pero también de mi heterodoxia. Si sólo hubiera leído a los grandes maestros de la filosofía crítica de la historia y a los historiadores de moda me habría convertido en un historiador especialista”.

Su oficio se afianzaría siendo aprendiz en “el taller” bajo la asesoría de Cosío Villegas. González aclara que: “En la etapa heurística, los oficiales de aquel ejército nos comportamos como hormigas, pero a la hora de entender y explicar lo acontecido fue clara la adopción del modo de proceder de la abeja [...]. Generalmente se procuraba interpretar”. Recuerda que, para Cosío, la formación se beneficiaba mediante la investigación en equipo, misma que debía éste criticar; luego, al concluir, cada integrante redactaba un trabajo. No obstante, en su propia opinión, “la narración histórica seguiría siendo obra individual de principio a fin”.

En 1951, González asistió al Congreso Científico Mexicano, llevado a cabo en la ciudad de México, y escuchó a Wigberto Jiménez Moreno. Desde entonces no olvidó aquellas palabras: “Espero que se dará mayor énfasis a la historia regional, como corresponde a la visión de un México múltiple”. Entre aquel año y 1952, ya como egresado, González se fue a París con beca del gobierno francés y tomó cursos de posgrado en La Sorbona. Luego, además de aplicarse como profesor e investigador en El Colegio, dirigió *Historia Mexicana* entre 1960 y 1964, así como el Centro de Estudios Históricos de 1963 a 1965. En el bienio siguiente, don Luis tenía derecho a tomar año sabático y, mostrando de nuevo su carácter rebelde, volvió a su lugar de origen donde fabricó su fruto principal.

[En 1967] decidí, contra la opinión de los que solían decir las tareas adecuadas para Luis González, pasar [...] mi primer año sabático, en San José de Gracia [...]. [Me] acompañaban la esposa y media docena de criaturas en edad de recibir las bendiciones de los abuelos [...]. Me daba sensación de independencia el separarme de un grupo tan absorbente y sólido como el de los colmexianos. De vuelta en el pueblo, me sentí atraído por la idea de investigar y escribir su historia [...]. *El culto a los ancestros que se me inculcó en la crianza me atraía con fuerza*. Me emocioné con la labor de resucitar la parentalía [...]. Quería volver a la vida ranchera sin necesidad de practicarla, sólo para escribir su historia y entender lo que fui.

Israel Cavazos recordaría tiempo después que el propósito primordial de El Colegio de México —de acuerdo con lo dicho por Alfonso Reyes— era que ya preparados los investigadores, “*éstos volviesen a sus lugares de origen a hacer fructificar la simiente*”.⁷

En 1969 se realizó un evento académico en Oaxtepec, Morelos, donde Luis González participó con una ponencia en la mesa del tema regional y parroquial; en ella llamó la atención señalando que los frutos de autores locales no se habían incluido en *Veinticinco años de investigación histórica en México*,⁸ obra publicada poco antes por El Colegio. Subrayó también lo dicho alguna vez por don Alfonso acerca de que en muchos de los escritores lugareños estaban “las aguas vivas” y que cuando se proyectaba aquel estudio, se recordó la carta escrita el decenio anterior por Reyes a Cosío Villegas, en la cual se leía: “Es tiempo de volver los ojos hacia nuestros cronistas e historiadores locales y recoger, así, la contribución particular de tanto riachuelo y arroyo en la gran corriente de nuestra epopeya nacional [...]. Habría que comenzar por un inventario, por una bibliografía metódica, que usted bien pudiera encargar a los [...] colaboradores de su revista”.⁹

González argumentó más adelante:

Como quiera, la petición de don Alfonso Reyes ya es tiempo de que sea atendida [...]. Mi ponencia llega muy temprano, y siempre será penoso el llegar con demasiada anticipación a un quehacer o una fiesta [...]. A pe-

⁷ Israel Cavazos Garza, “El Colegio de México, evocaciones”, en Álvaro Ochoa Serrano (editor), *Pueblo en vilo, la fuerza de la costumbre. Homenaje a Luis González y González*, México, El Colegio de Jalisco/El Colegio de México/El Colegio de Michoacán, 1994, 254 p., ils., fotos, p. 231-238, p. 238. El subrayado es mío.

⁸ Vid. “Veinticinco años de investigación histórica en México, I”, *Historia Mexicana* 58-59, México, v. xv, n. 2-3, octubre 1965-marzo 1966, p. 151-445, y “Veinticinco años de..., II”, *Historia Mexicana* 60, México, v. xv, n. 4, abril 1966-junio 1966, p. 447-782.

⁹ Cf. González, “La historiografía local...”, p. 260, y Alfonso Reyes, *Las burlas veras. Primer ciento*, México, Tezontle, 1957, 189 p., p. 106, cit. en “La historiografía local...”, p. 247.

sar de que hasta ahora la historiografía mexicana moderna de tema local no ha conocido todavía un momento de gran esplendor, hay dignos indicadores de la cercanía de un buen temporal.¹⁰

En su exposición, González consideró asimismo: “puedo decir que he leído con [...] agrado y he aprendido mucho en *Tetela del Volcán*, de Carlos Martínez Marín”, y agregó que Wigberto Jiménez Moreno y Antonio Pompa y Pompa eran para él los “máximos expertos y animadores” del género que se discutía. Jiménez Moreno elogió el trabajo del ponente, y mencionando otro de sus productos, publicado el año anterior al evento, lo calificó como una “obra extraordinaria” que presentaba “la culminación de la historia parroquial”.¹¹ Se refería en ese momento al libro *Pueblo en vilo...*, motivo del presente ensayo.

Árbol, semilla y producto: 1968-1995

San José de Gracia —fundado en 1888 y con una antigüedad de ciento trece años— tiene un arraigo y, por generaciones, a la manera de un árbol, se ha nutrido de lo que el sitio y su gente le dan, de la savia de lo cotidiano, aun de lo que en su vida se altera. Su copa, movida por el devenir troncal, el acontecer de fuera y los cambios de la modernidad, ha tenido brotes y frutos en sus ramas, además de la defoliación natural; estos frutos revelan de una forma u otra los comportamientos de quienes en el tallo permanecen, de los que llegan, se van y regresan, de quienes nunca vuelven. El alto, ancho e interior de aquel árbol, consabidos por los que lo animan, no habían sido mirados ni ubicados en mucho tiempo, salvo por los vecinos próximos al lugar. Uno de sus hijos tiene la semilla que guarda la costumbre local y, yéndose a otros terrenos, aumenta su tradición cultural; motivado por el amor a lo suyo y su ciencia, regresa, corta y cala lo que ha brotado del árbol; posteriormente siembra. En el producto que obtiene da cuenta de qué ha pasado en San José y dónde está.

De buena madera, hijo de los guardas del tiempo, éstos le enseñaron a preservar y rescatar la memoria, a cultivar y comprender lo acontecido. Luis González fue vástago de una tradición, originada en su terruño y enriquecida en los lugares diversos donde continuó su formación, y que lo inclina a conocer los sucesos, lo dicho y escrito sobre lo que pasó.

¹⁰ González, “La historiografía local...”, p. 248 y 260.

¹¹ Cfr. *Ibid.*, p. 260-261, y Wigberto Jiménez Moreno, “Comentario”, en *Investigaciones contemporáneas...*, p. 264-271, p. 269.

En este caso es un autor local,¹² conservador en sí y para otros de la savia de sus coterráneos y congéneres sabios, de una suma de experiencias históricas.

Fruto para mí, único en su género, es *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*. En un abrir y cerrar de hojas percibo cómo el autor se manifiesta, y representa, como el pueblerino y académico que es, así como el porqué se justifica su labor y quiénes lo apoyaron en ésta. Comprendo su motivación; dónde, cuándo, cómo, cuánto, por qué, para qué y a quiénes ofreció el libro en su origen. Aprecio de qué se constituye y lo valoro en sus partes. Con una mirada atenta podré encontrar y explicar quizá su “verdadero ser”.

El tema central lo constituye San José de Gracia, y si bien su estudio “desde el punto de vista geográfico [resulta] injustificable”, desde un enfoque histórico “sí es defendible como unidad”; el sitio que ocupa, muy reducido, en apariencia “contrasta” con el largo acontecer en su historia (del siglo XVI al XX), aunque se atiende poco más de una centuria y media, pues “el asunto del trabajo, se formó en vísperas y durante la guerra de Independencia” (p. 14-15).

El papel protagónico lo lleva a cabo la comunidad josefina, en esencia “típica”; en ello consiste “su fuerza”, porque no es única y representa “una porción amplia del subconsciente nacional” (p. 15). “Se trata de la historia de la tribu.”¹³

La motivación y justificación de la obra se resume en que los pueblos “que no se miran de cerca con amor y calma son un [lugar] cualquiera, pero al acercarlos el ojo, como es el caso presente, cargado de simpatía, se descubre [...] su originalidad, su individualidad, su misión y destino singulares, y hasta se olvida lo que tiene de común con otros pueblos” (p. 16). Quizá por esto se justifique el estudio y atraiga a los especialistas, aunque la obra no fue pensada “por lo menos en un principio, para un público académico” (p. 25).

El libro emana una inquietud causada en aquel entonces por el desinterés en atender a las historias locales y rescatarlas: “la historiografía parroquial es desdeñada en algunos círculos académicos. Se le hace menos, y hasta se le ningunea”. La pieza es un alegato en favor de la microhistoriografía, por su carácter didáctico y porque beneficia “todos los

¹² Vid. Friedrich Meinecke, *El historicismo y sus génesis*, 2 t., trad. de José Mingarro (libro primero) y Tomás Muñoz (libro segundo), México, Fondo de Cultura Económica, 1982, t. 2, 526 p. (Sección de Obras de Historia). Este autor expone el caso de un historiador local alemán: Justo Mösser (1720-1794), quien escribió *Historia de Osnabrück*, lugar donde éste nació y murió; en esta obra, distingue Meinecke, “enseñó la tradición porque él mismo era tradición”; “lo individual, lo local y lo europeo confúndense en él”. Cfr. p. 264-265 y 262.

¹³ Entrevista...

pormenores del método” en su gestación (p. 12-14). Esto remite en mi opinión a un par de asuntos: primero, una misión personal arraigada en el autor; recordemos que Jiménez Moreno esperaba que se diera mayor énfasis a la historia regional y que Reyes consideraba que era ya tiempo de rescatar la producción de los historiadores locales. El segundo asunto se relaciona con los alcances de la “historia anticuaria”, que el autor conoce de sus teóricos principales: H. P. R. Finberg y Paul Leuilliot (p. 13, 16, 23 y 357). González aclara de manera honesta: “no tuve oportunidad de conocer las nuevas corrientes de microhistoriografía que me hubieran permitido corregir el conocimiento de las visiones panorámicas y además estar a la moda en lo que a historia parroquial se refiere” (p. 23).

En el texto se atienden las cualidades del pueblo y los ranchos josefinos: “la historia local es cualitativa”: la mirada al terreno responde a que “el medio natural afecta muy de cerca la vida rústica”; en el caso de una observación cíclica y cuantitativa, no es significativo. Otro rasgo singular lo constituye el horizonte que percibo en el libro: San José de Gracia tiene “otra sustancia y otro ritmo”; es diferente respecto de la gran capital, donde se lleva a cabo la vida directora del país (p. 16-17); “vista de lejos la existencia en una aldea se presenta puramente rutinaria; vista desde un mirador intermedio, quizá parezca lenta; mirada desde dentro es tan mudable como el vivir regional, nacional o mundial. Que esa historización es posible lo demuestran los miles de historiadores locales que la han emprendido” (p. 12).

En *Pueblo en vilo...*, el autor rescata, piensa, siente, guarda, comprende y explica lo propio de sus coterráneos a la par de lo suyo. Conforme una vuelve a probarlo detenidamente, se revelan asimismo aprendizajes técnicos, teóricos y prácticos obtenidos de textos, en aulas y foros, porque don Luis, además de ser josefino e historiador pueblerino, es un científico social. El producto se realiza gracias al apoyo de informantes locales y en especial de Armida de la Vara de González,¹⁴ esposa del autor.

El fruto, antes de salir a la luz, se intituló “Historia universal de San José de Gracia”,¹⁵ nombre que respondía a la visión histórica sobre la tenencia o parroquia del mismo nombre, y se generó con base en “apun-

¹⁴ No quiero pasar por alto la siguiente referencia elogiosa a doña Armida, que en paz descansa: “siempre hemos creído que a contrapelo del viejo dicho que dice: ‘detrás de todo gran hombre hay una gran mujer’, no [es] detrás sino junto, uno al lado del otro. Así, nuestra Armida, fue creciendo y haciendo al mismo tiempo que su esposo. Cuando en el afán fundador que Luis heredó de sus ancestros, fundó el Colegio de Michoacán, allá fue Armida, como el caracol que lleva su casa a cuestas. Luego [...] aquí vivió y fue tan josefina, como el que más, aunque nunca abandonó la cadencia enérgica de su norteño acento”. Eugenia Revueltas, “Una posible lectura”, en *Pueblo en vilo, la fuerza...*, p. 229.

¹⁵ González, “Mis tropiezos...”, p. 370.

tes” que eran entregados cada mañana a doña Armida, por lo que dice el autor: “no me siento responsable único de [éstos]”: ella corregía, proponía, metía mano en lo que creía indispensable y se ponía a teclear. Dichos apuntes se hacían “en el sosiego de la madrugada; de las cuatro a las nueve” y con el ser sensitivo que caracteriza al creador: desde un cuarto ubicado en el área de su trabajo, se aprestó a “ver con los ojos abiertos lo más posible y oír los ruidos y sus ecos” (p. 24).

Solaces musicales de cada día estaban a cargo del coro formado por las aves del amanecer, los quiquiriquíes madrugadores, el interminable afinamiento de los violines por parte de los grillos y todos los relinchos, bramados, rebufes, ladraduras, gruñimientos, mias, ronroneos, rebuznos, aullidos, cacareos, píos, roncás y cucúes [...]. Las campanas eran las cornetas de órdenes para toda la población; el cuerno enviaba mensajes a un individuo o a una familia [...]. Los sones eran otra cosa; su música la desparramaba, en día de fiesta general, el afamado mariachi de don Antonio Vargas” [...]. Todas las músicas eran excepciones al silencio: eran la ventana de una vida habitualmente silenciosa. De allí su fuerza y su virtud [p. 146].

Pueblo en vilo... fue dedicado a Lázaro Cárdenas y a Federico González Cárdenas; lleva cinco ediciones en castellano,¹⁶ dos en inglés y, según el autor, otras tantas en francés. La primera edición de 1968 tiene en su estructura una introducción, cuatro partes principales y trece capítulos en éstas; además, las siglas de los archivos públicos utilizados, el listado de

¹⁶ En la segunda edición de 1972, se prescindió de la primera parte y tres capítulos de la obra original; los cuatro temas introductorios se redujeron a tres para constituir el “prólogo”; se incluyó una nota y un bloque inicial denominado “Tres entradas”; al final, se completó con otro grupo temático: “Tres salidas”; contiene más fotos proporcionadas por Israel Katzman, datos obtenidos de un archivo privado que encontró el autor y nuevas referencias orales proporcionadas por personajes locales. Vid. *Pueblo en vilo...*, 2a. ed., México, El Colegio de México, 1972, 328 p., ils. (Centro de Estudios Históricos, Nueva Serie, 1). En la tercera edición de 1979 reaparecen el prólogo y la nota de la segunda; González aclara que “el libro se ha vuelto traslengual”, “el pueblo ha emprendido la urbanización física tanto como la síquica” y “el biógrafo, aunque ha continuado con su mente repartida entre la urbe donde vive (México, D. F.) y la tierra donde nació (ahora San Pepesburgo), se ha hecho el propósito de no publicar nuevas noticias de su patria hasta las fiestas del Centenario en 1988”; cuenta con el mismo número de apartados y capítulos que la anterior, pero tiene cambios mínimos en títulos de varios subcapítulos. Cfr. *Pueblo en vilo...*, 3a. ed., México, El Colegio de México, 1979, 420 p., ils. (Centro de Estudios Históricos), p. 18. La cuarta edición de 1984 no tiene prólogo largo ni las tres introducciones y tampoco los preámbulos, los “adioses” y el primer capítulo de las otras. Cfr. *Pueblo en vilo...*, [4a. ed.], México, Fondo de Cultura Económica/Secretaría de Educación Pública, 1984, 352 p., ils. (Lecturas Mexicanas, 59), p. 9-10. En la quinta edición de 1995, la más lujosa, hay los mismos elementos del principio, de la parte medular y del final; asimismo más fotos, propiedad de Carlos Blanco, Fernán González de la Vara y de don Luis. Vid. *Pueblo en vilo...*, 5a. ed., Zamora, El Colegio de Michoacán, 1995, 444 p., ils.

libros y artículos, así como un índice de fotografías y mapas. La introducción incluye asuntos cuyos contenidos se implican al enunciarlos: "Defensa de la historiografía regional", "Deslinde y justificación del tema elegido", "Algunos puntos sobre método" y "Autodefensa, autocrítica y destino". Los títulos de las partes son: "Tres siglos de iniciación", "Medio siglo en busca de comunión", "Treinta años de penitencia" y "Veinticinco años de mudanzas". El autor especifica algo sobre las mismas:

De la primera parte, construida con huellas extralocales y muchas extemporáneas, me siento, más que nada, amanuense que dispuso con algún orden decires, escritos, que recortó y pegó testimonios viejos. Por lo que mira a las partes segunda y tercera, me considero el intérprete de la visión que mis coterráneos tienen ahora de su vida pasada; tengo la sensación de ser el cronista oficial del pueblo, el compilador y reconstructor de la memoria colectiva. La última parte es la porción más subjetiva de la obra, la más mía, pero quizá no la más grata al auditorio [p. 24-25].

Los cuatro apartados principales del fruto original ofrecen manifestaciones de vidas pasadas y actuales, del momento en que el autor se entrama en aquél. En la primera: "Tres siglos de iniciación" (1521-1860), se sabe sobre la conquista de los señoríos occidentales tarascos, de "la ocupación ganadera de la provincia de Ávalos", los primeros asentamientos de la mesa del Juruneo y cómo era la vida en la hacienda del Monte y en la de Jucumatlán; asimismo, de hechos locales y fuereños, de los patriarcas de entonces. En el segundo: "Medio siglo en busca de comunión" (1861-1910), se conoce lo propio de los ranchos y el pueblo, sobre el "fraccionamiento y la venta de la hacienda de Cojumatlán", la economía y la gente rancheras y la religión, entre otros asuntos; lo particular de "la generación de la nevada", el momento crítico de "la fundación de San José de Gracia" y el porqué del gran miedo en 1900; acerca de los negocios y el comportamiento social; nos introducimos luego en el "pequeño mundo" del padre Othón, se resienten "los aires de afuera" y se aprecia "medio siglo de progreso pacífico y ordenado". En el tercero: "Treinta años de penitencia" (1910-1943), nos vamos a la etapa revolucionaria en el país y volvemos a San José, donde se registra a sus agentes y los efectos de la influenza española; nos encontramos luego con "la segunda Revolución", la lucha cristera, otro momento cumbre del pueblo. Entre los josefinos, la presencia del padre Federico es importantísima desde el punto de vista material y espiritual. Llegamos a la fase del reparto agrario, en donde se subraya la relevancia del regreso del padre Federico y "la visita del presidente Cárdenas" a San José; revisamos allí "treinta años de turbulencia en cifras y conceptos". Finalmente, en el cuarto: "Veinticinco años de mudanzas" (1943-1967), se entiende el porqué del "retiro"

y la “expansión” de los lugareños, de su emigración temporal a los Estados Unidos y la definitiva a México; nos actualizamos con lo propio de los cambios modernos y su repercusión en San José; conocemos los rasgos de “los de arriba” y “los de abajo”, de la gente de medianos recursos; observamos la organización político-social, los asuntos en torno a la felicidad y el disgusto de los locales, así como a los “minifundistas y hombres al servicio de otros”, el perfil femenino y los datos sobre los niños; constatamos la importancia de la religión.

En esta cuarta parte es donde encuentro más claramente la manifestación y la representación del autor, sobre todo en lo que corresponde a “Hoy”, en “Insectos humanos y otros motivos de molestias”, así como el “Epiloguillo y posdata”. González asienta que la tradición local aún pervive, no obstante que le afecte el avance tecnológico, e invoca una esperanza:

El reposo ha perdido terreno en los últimos años a causa de la celeridad, el ruido y la luz [...]. Varias artesanías han desaparecido [...]. Ya no hay zapateros [ni] herreros [...]. Otro tanto sucede con los sarapes [...]. Únicamente la industria de la construcción se mantiene pujante [...]. La creencia de que las poblaciones pequeñas desaparecerán en un futuro más o menos próximo es compartida, que no anhelada, por mucha gente de fuste [...]. San José, tan alejada de las megalópolis, no corre el riesgo de ser engullida por ninguna urbe [...]. Puede extinguirse por el exilio de sus pobladores; puede, en fecha próxima, ser una aldea de mujeres y viejos, y poco después, un cuerpo deshabitado, y al final, un montón de ruinas y ánimas en pena. Ahora es una comunidad en vilo, en situación insegura, inestable, frágil, precaria, de quita y pon, prendida con alfileres, en tenguengue, en falso, sin apoyo en la tierra [...]. Es posible vivir sin los pies en la tierra, con la otra significación del adverbio en vilo, suspendido y no necesariamente inseguro [p. 319, 347-348 y 326-327].

Llama mi atención el dejo de nostalgia y preocupación en la obra, aunque no me extraña. Este rasgo no es privativo de *Pueblo en vilo...*; más bien aparece como una constante en múltiples productos de la historiografía local: en ellos saltan a la vista los resentimientos de los autores, causados por la pérdida de coterráneos que se van a otros sitios; los cambios en las costumbres y las estampas del lugar, especialmente en el paisaje; la ausencia de los pregones, ciertos ruidos y olores, la alteración en las manifestaciones integrales de la vida provinciana como efecto de la modernidad. En el caso de González, el tratamiento de innovaciones y presencias extrañas continuamente es manejado con humor:

En 1905 aparece en el pueblo un hombre catrín. De sombrero chiquito. Llama a la puerta de las casas principales. Algunos vecinos, por equivo-

cación, le besan la mano. Lo creen sacerdote. De hecho es un agente viajero de la casa Singer [...]. En San José y sus alrededores no pasaba nada, fuera de la tentativa de Elías Martínez para volverse pájaro [...]. Vino el circo, un circo modesto como los que van a los pueblos, sin fieras, sólo con perritos amaestrados, sin grandes cómicos, con un simple payaso de cara encalada, sin trapevistas de fama, pero con un par de deshuesados hechos para hacer maromas. El circo se llevó a Joselón (José Gómez) dizque porque media dos metros dieciocho centímetros [p. 154, 174 y 194].

Paso a cortar ahora el fruto en tres, con el fin de valorarlo aún más mediante la observación de sus partes: la heurística, la del armado y estilo, así como la hermenéutica. En la primera de sus tajadas, *Pueblo en vilo...* ofrece una riqueza notable: la información sobre el devenir pasado y reciente de los josefinos. González obtuvo datos de documentos manuscritos, archivos particulares y oficiales, así como de fuentes orales y escritas primarias y secundarias: “Los tres primeros capítulos de la obra se sustentan por regla general en información escrita; los cuatro siguientes en las tradiciones orales y los cinco últimos en [la] experiencia [del autor]” (p. 21). Los manuscritos se aprovecharon de manera relativa y modesta. Se recurrió a una media docena de archivos particulares; entre los oficiales destacan algunos locales y otros de la ciudad de México; las fuentes orales guardan la cualidad de haber sido espontáneas e informales. Las bases impresas son de diverso tipo: teórico-metodológicas, oficiales, periódicos y revistas, crónicas coloniales, historias generales, síntesis históricas, colecciones documentales, monografías locales, biografías, memorias, ensayos, artículos especializados, diccionarios histórico-geográficos, cuentos, novelas, etcétera.¹⁷

En la segunda sección que hago, miro cómo se conforma y pruebo aún más el sabor del fruto. Aprecio lo efectivo y equilibrado de su estructura, así como la claridad en la exposición. Siento la fuerza de su narrativa por la forma en que se dicen las cosas, con una prosa fresca y sencilla, frases y oraciones bastante cortas. La precisión en los datos es

¹⁷ Particulares: libros de cuentas de José Dolores Pulido, papeles acumulados por la madre de don Luis, el diario de cristero de Bernardo González Cárdenas, álbumes fotográficos, documentación reunida por Rosa González Cárdenas. Se recurrió a la biblioteca y al archivo de Ramírez Flores (p. 19). Archivos locales: el de Notarías y el Judicial de Jiquilpan, los municipales de Sahuayo y San José de Gracia, así como los parroquiales de Sahuayo, Cojumatlán, Mazamitla y San José. En la ciudad de México: los archivos General de la Nación, el del Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización y el de la Confederación Nacional Campesina. Entre los informantes destaca el padre de González, “memorizador excelente que ha vivido fascinado por el recuerdo” (p. 19 y 21). Entre los materiales impresos: Ramón Sánchez, *Bosquejo histórico y estadístico del distrito de Jiquilpan*; Esteban Chávez, *Quitupan*; Agustín Yáñez, *Al filo del agua* y *Las tierras flacas*, Juan José Arreola, *La feria*, y Juan Ruífo, *El llano en llamas* y *Pedro Páramo* (p. 19).

algo notable; las más de las veces el relato me parece ligero, ameno, gracias al buen humor que despiden la obra en su conjunto:

El concepto tradicional de la muerte sigue incólume: es fin y es tránsito [...]. El testamento se dicta generalmente ante un grupo de amigos y un sacerdote. Rara vez se hace ante notario [...]. Al morir el enfermo las mujeres de la familia dan de gritos; a los hombres se les hace un nudo en la garganta; los de más categoría se ponen lentes ahumados al uso de la ciudad [...], los asistentes hablan de las grandes virtudes del difunto entre rosario y rosario, se repiten frases sacramentales: [...] “Se va al cielo con todo y zapatos”, “Era tan bueno”, “Está como si estuviera dormido”, “¿Quién le hizo la caja?”, “Se la compraron a Braulio”. [...] “A propósito, saben lo que le pasó a fulanito de tal; cuando se estaba muriendo de su última borrachera su mujer le acercó el crucifijo para que lo besara y el moribundo dijo: quítenmele el tapón. Murió creyendo que le arrimaban una botella de tequila” [...]. Nadie concibe al cielo sin sus parientes y amigos [p. 345-347].

Hay un manejo continuo de metáfora e ironía, abundan los adjetivos y sustantivos, así como los neologismos. Los dichos, los cuentos, las tradiciones, las leyendas, así como los refranes y canciones pueblerinos le dan especial riqueza al fruto: como una delicia local, siendo la que más sabe a la tierra. La abundancia del vocabulario es otro rasgo peculiar (“Otras doscientas palabras indicadoras de cambio”, p. 292-294). Salta cierto modo contrastante en el discurso: por un lado el manejo del lenguaje denotativo, por otro el connotativo.

No todo es miel sobre hojuelas: la primera parte y algunas referencias económicas resultan sosas, pero esto se aminora y pierde conforme las etapas se acercan al tiempo y los coetáneos del autor: “A principios del siglo veinte, la actividad económica menos productiva era la búsqueda de tesoros enterrados. Había cuatro maneras de dar con ellos, las cuatro igualmente ineficaces: la relación, el fuego, las varitas y las ánimas del purgatorio” (p. 140). En medio de expresiones divertidas noto entretejidas las de un rostro distinto que revela la sátira:

En uno de los días del lustro 1915-1919 un hombre le clavó un puñal a otro. Las últimas palabras de la víctima fueron: “no seas desgraciado, sácame el puñal. No me dejes morir con él adentro”. El agresor repuso: “Quédate con él. Puede servirte de algo en la otra vida” [...]. Una novedad que toda la gente deplora es la aparición de los gorriones europeos; [...] los terratenientes se dan el gusto de llamarles agraristas porque se meten y destruyen los nidos ajenos y son muy gritones y amantes del pleito [p. 181 y 297].

Parte clave es el estilo, el cual me aventuro a tipificar con base en la propuesta teórica de Hayden White sobre los cuatro elementos estructurales y profundos que se revelan en una obra historiográfica. Estos elementos, en los que el historiador trabaja “para conseguir un efecto explicativo en la narración”, los concibe White como modos de “explicación” por la trama, la argumentación, la implicación ideológica y el tropo básico. *Pueblo en vilo...* contiene una combinación interesante. El modo de tramar ha sido el de una comedia; el de la argumentación, contextualista, y el de la implicación ideológica, conservador; por la capacidad figurativa de Luis González, considero la metáfora como tropo dominante.¹⁸

Sin cuestión alguna, en el tercer corte que realizo, en la parte explicativa, es donde observo la mayor generosidad del fruto. El autor, más que reproducir, ha producido una verdad valiéndose de su lenguaje científico y vernáculo para que el texto hable por él. En su comprensión del tema, don Luis ha logrado interpretar: porque comprender “es siempre interpretar”, “la interpretación es la forma explícita de la comprensión”.¹⁹ Percibo que el medio para lograrla ha sido el volcarse él mismo en la obra, adentrarse en el contexto de ella, por lo cual alcanza, a mi parecer, el fondo de la explicación.

En su ida hacia el pasado y el regreso al presente de *su* gente, de *su* pueblo, González ha tenido las ventajas que adquiere por el método de la microhistoria. En el libro fruto las ha llevado a la práctica y más adelante; en otro las planteará con la teoría. Él mismo reconoce la importancia de ser oriundo “del lugar que se historia”, de atender “el espacio y realizar los ‘anales’ de la vida cotidiana”, de estudiar “la relación del medio con las acciones” y de que las bases teóricas “vienen después”.²⁰

La motivación del autor la aprecio como producto de una posición romántica. Asimismo encuentro una fuerte dosis del influjo del historicismo y valoro positivamente la aplicación atinada de la tesis de José Ortega y Gasset sobre las generaciones (“la camada de tal y tal”, manejada así a veces en el texto). Destaco además la confluencia de varias ciencias, el gran sostén interdisciplinario. En *Pueblo en vilo...* hay análisis y síntesis, inducción y deducción, comparaciones; la mirada en el devenir se acorta y alarga; los hechos se doblan, se desdoblan y se vuelven a doblar; “los minúsculos acontecimientos de la vida local”, “los sucesos mayúsculos de la vida nacional de México” y “los medianos de la existencia regional michoacana” (p. 17) se revisan y jerarquizan; de ellos, los prime-

¹⁸ *Apud* White, “Introducción”, p. 18-46, y Matute, “El elemento metahistórico...”, p. 64-66.

¹⁹ *Cfr.* Gadamer, *Verdad y método...*, p. 366, 467 y 378.

²⁰ Entrevista... *Vid.* Luis González, *Invitación a la microhistoria*, México, Secretaría de Educación Pública, 1973, 186 p. (SepSetentas, 72).

ros tienen para el autor la prioridad. En su ejercicio, éste emprende un recorrido cronológico, lineal, hace pausas en las estaciones del tiempo (primavera, etcétera), valiéndose a veces de las inclemencias del clima, y se detiene en los planos religioso, social, político, económico, educativo y de política exterior contemporánea, siendo el religioso y el social pilares en el producto; hay un marcado énfasis en la dirección que llevan los sacerdotes, en la mentalidad de los josefinos y el fenómeno del bracerismo; también lo hay en el rompimiento entre la vida urbana y rural. Estos planos constituyen la visión íntegra del pueblo y los ranchos de San José de Gracia; de ahí su carácter universal.

Del fruto probado: 1967-2001

Los primeros en conocer por partes y en forma oral *La historia universal de San José de Gracia* fueron los josefinos, ya que su autor les leyó cada capítulo una vez por semana antes de emprender su regreso a la ciudad de México.²¹ El autor no olvida que, ya en El Colegio, al apreciar el libro quienes lo habían criticado antes “por la forma extravagante de tomar un sabático”, consideraron que: “Los minúsculos acaeceres de una aldea de gente menuda estaban muy lejos de ser memorables”. Y que, “tres maestros, ninguno de los tres historiadores, salieron en defensa de [su] historia. [...] Gaos dijo que era un libro innovador hecho a ciencia y conciencia. Antonio Alatorre defendió su lenguaje hablado. Don Daniel Cosío Villegas recomendó darlo a las prensas”.

Rafael Segovia advirtió que el estilo personal y coloquial resultaba agresivo [...]. Señaló que parecía un remedo de obras como *La feria* de Juan José Arreola y otras [...]. Daniel Cosío Villegas, con la impaciencia que a veces —las más— le caracterizaba, dijo que ya era tiempo de escuchar al doctor Gaos, quien se apresuró a decir: “La primera recomendación que le hago es que no cambie ni una coma. El estilo nos pone en contacto con San José de Gracia; sin el estilo lo perderíamos, nos iríamos a cualquier comunidad aldeana de cualquier parte”.²²

²¹ Vale la pena dejar aquí una anécdota: cuando llegó aquél a la capital, a principios de 1968, hubo una confusión en la terminal de autobuses. ¡Buen susto debió llevarse! ¡La caja donde venían empacadas sus fichas, manuscritos y copias mecanuscritas se cambió por otra llena de limones! González volvió a la estación y encontró a un “ranchero furibundo” porque tenía en su poder “un apilo de papeles inservibles”. “Hecho el canje de frutos de huertas tan disímolos, los dos hortelanos volvieron a la felicidad”. Cfr. González, “Minuta...”, p. 70.

²² Cfr. *ibid.*; Entrevista..., y Andrés Lira, “Universalidades de la historia pueblerina”, en *Pueblo en vilo. La fuerza...*, p. 170.

El cúmulo de estudios que existen sobre la obra es notable. Un botón de muestra es *Pueblo en vilo. La fuerza de la costumbre...*, que compila las ponencias de quienes asistieron a San José de Gracia con motivo de cumplirse veinticinco años de haberse publicado la primera edición de *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia* y con el fin de rendir un homenaje a don Luis. En ese texto encontré apreciaciones muy ricas realizadas desde diversas ópticas y temáticas que me hablan en distintas formas sobre la tradición, el mundo de cada escritor y de cómo el evento pareció convertirse en un universo, cada unidad girando en torno, más que al propio josefino, a la obra en cuestión. Entre los autores de aquella obra conjunta, John Womack Jr. no estuvo en la reunión y envió su escrito, del cual selecciono lo siguiente:

Ya en 1943 el joven maestro Jesús Sotelo Inclán [había encendido] la luz, en *Raíz y razón*; pero por varias razones [...] quedó por 25 años solita. Lo que en 1968, en circunstancias muy diferentes, hizo [...] Luis González fue distinto, más intensivo y más amplio [...], [por] hacer [la] historia de un pueblo que no había sido ni era importante [...]; además, explicar y demostrar ese significado; [...] [por] definir genialmente esa nueva corriente de las ciencias históricas, la microhistoria, y empezar a crear escuela [...]. Don Luis ha sido el que más [ha] influido la historiografía de México. De una manera u otra todos somos sus discípulos.²³

La originalidad de *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia* consiste en varias cosas: una que subrayo es la reivindicación que don Luis hace del terruño. Otras, las vuelvo a subrayar: la diversidad de fuentes manejada y las preguntas hechas a ellas para crear el libro; la presencia de varias líneas de pensamiento y el enfoque interdisciplinario en él; la fuerza de la narrativa, el equilibrio en la estructura, la claridad en la exposición y la explicación gracias a la comprensión. Estos elementos confieren al libro no sólo el carácter original; pienso que guarda para sí también una unicidad en su tiempo y espacio. El texto es una pieza indicativa de cambio en el proceso historiográfico mexicano del siglo pasado, porque marca un antes y un después: la tradición de generar historias locales no se interrumpe, pero sí se modifica la manera de producirlas, sobre todo a partir de los años setenta, periodo en el cual el monto resulta gradualmente mayor.

Puedo afirmar que la obra es aún un modelo excelente en su tipo. Da un método efectivo para rescatar devenires históricos locales y regionales, para comprenderlos. Con el paso de los años y por su público lector

²³ "Recado de John Womack Jr.", en *Pueblo en vilo. La fuerza...*, p. 253-254.

además, el libro se convierte en uno de autoridad; es un texto en el que nos basamos, un texto para interpretar y buscar en él su explicación y para lograr la *nuestra*. Asombra la continua verdad que ofrece; cómo nos enlaza a él y a quien lo generó. Parece que su “verdadero ser” consiste y se significa en esa voluntad y libertad del autor, gracias a la cual salva del olvido su pasado y el de sus coterráneos. González ha cumplido un compromiso personal permitiendo que su terruño sienta sus raíces o, como lo dijo Nietzsche, el árbol finalmente sabe que se mantiene ligado a ellas y que su pretérito no fue obra del azar.

Para mí, San José de Gracia se prestó a imaginarlo así, como un árbol en cuyo tronco viven los locales. Uno de ellos actuó en bien de su localidad y ha nutrido con su simiente intelectual a muchos: como alumnos, lectores y escuchas conocemos acerca de cómo se abona y con qué se prepara, cuáles son las condiciones óptimas para labrar y obtener una buena cosecha, sobre todo cuando trabajamos en el campo de la historia local y de la regional.

Hoy, en 2002, he vuelto a saborear su riqueza. *Pueblo en vilo...* es un producto de especie diversa, una variante, un parteaguas en el proceso historiográfico mexicano del siglo XX. Mañana otros lectores harán diversas preguntas a este libro excepcional. Y de acuerdo con su sentido: ¿dónde, cuándo, quién(es) lo observarán?; ¿cómo, cuánto, qué mirarán?, y ¿por qué? Al menos, creo tener una respuesta sin temor a equivocarme: del texto obtendrán siempre una verdad.

